

0- INTRODUCCIÓN

Para nadar entre las *corrientes de la lingüística actual*, resulta sumamente lógico que se inicie el proceso con la lectura sistematizada del Curso de Lingüística General, de Ferdinand de Saussure, debido a que esta obra constituye el fundamento de lo que es la lingüística moderna (valga la redundancia).

Tanto para los que ya tienen un conocimiento previo de lingüística, como para los que carecen de datos relativos a esta ciencia del lenguaje, la lectura de Saussure es materia obligada que permite transportar el alumno a las aulas de la Universidad de Ginebra, Suiza, donde el maestro de gramática comparada creó con sus disertaciones, los cimientos de una ciencia que trabaja con la concreción del pensamiento humano.

Este informe de lectura realizado para los fines académicos de la asignatura Corrientes de la Lingüística Actual, consta de dos partes esenciales: un resumen sintetizado de la obra, y un breve análisis crítico de uno de los subtemas del libro, referido a la dicotomía diacrónico-sincrónica.

La brevedad del análisis se debe al poco espacio disponible en los requerimientos del informe, cuyo método descansó en la técnica del subrayado, las notas al margen y las fichas técnicas de los temas más importantes extraídas de la lectura del libro.

Para un análisis más profundo de las contradicciones saussureanas, y de otras temáticas de la obra, requeriría otra lectura más concienzuda y un mayor espacio de tiempo para ello, sobre todo ahora que la realización de este informe dotó a su autor de una mejor base de familiarización para comprender con mayor capacidad de discernimiento este importante aporte a la ciencia del lenguaje.

I- SÍNTESIS

Este Curso de Lingüística General ha sido considerado como el fundamento de la lingüística moderna, y recoge las disertaciones académicas del maestro ginebrino Ferdinand de Saussure, quien ejerció la cátedra de gramática comparada en la Escuela de Estudios Superiores de París y más tarde en la Universidad de Ginebra. Luego de su fallecimiento en 1913, este libro fue publicado en 1916 por dos de sus alumnos: Charles Bally y Albert Sechehaye, quienes se basaron en sus propias notas y en los apuntes de otros alumnos, entre ellos Antoine Meillet, el más brillante de todos.

Con una introducción de nueve capítulos (incluido un apéndice de dos capítulos), el libro de 261 páginas consta de cinco partes distribuidas en 28 capítulos (37 en total), en los que el padre de la lingüística moderna discurre entre dicotomías, contradicciones, valores, analogías, comparaciones, aglutinación, diversidad, historia, retrospectivas, propagación, aislamientos, identidades, gramática comparada, entre otras temáticas relacionadas con la lengua.

En el primer capítulo de la introducción, Saussure comienza con una historia de la lingüística, remontándose a la escuela filológica de Alejandría, pasando por el movimiento científico creado por August Wolf en 1777, para llegar al origen de la filología comparativa o gramática comparada de Franz Bopp con la publicación de su obra titulada *Sistema de la conjugación del Sánscrito*, en 1816, cuyos estudios relacionan ese idioma con el germánico, el griego, el latín y otras lenguas.

Aunque Saussure reconoce que estas escuelas abordan las cuestiones lingüísticas, su fallo reside básicamente en que se basan en el texto escrito y olvidan la *lengua viviente*. Para él, la lingüística como tal nació entre 1836 y 1838 con los estudios de las lenguas romances y las lenguas germánicas y más tarde con la escuela de los neogramáticos alemanes; estos últimos fueron los que vieron la lengua *como un producto del espíritu colectivo de los grupos lingüísticos* y no como *un organismo que se desarrolla a sí mismo*.

En los siguientes capítulos de la introducción, Saussure deslinda la tarea de la lingüística y sus relaciones con las demás ciencias; hace una diferenciación entre lenguaje, lengua y habla, prefiriendo la lengua como objeto de estudio de la

lingüística, a la que vio como cuna parte de la semiótica, ciencia de la que profetizó un lugar como estudiosa de los signos en el seno de la vida social y muy ligada a la lingüística.

Al abordar la relación entre escritura y la forma oral, Saussure vertió ácida crítica al criterio que prestigia la primera sobre la segunda, cuyo único mérito es retardar los cambios que se dan en la lengua y crear una distorsión a lo largo de la historia. Puso como ejemplo el caso del francés *oi*, que en el siglo XI se pronunciaba *rei*, *lei* y se escribía *rei*, *lei*; en el siglo XIII se pronunciaba *roi*, *loi* y se escribía *roi*, *loi*, pero que en el siglo XIV se pronunciaba *roè*, *loè* y se seguía escribiendo *roi*, *loi* y en el siglo XIX evolucionó fonéticamente en *rwa*, *lwa*, pero en la escritura siguió *roi*, *loi*. Es decir, la lengua evolucionó en el habla, pero en el texto se congeló desde el siglo XIII.

Tanto el capítulo VII de la introducción y los dos capítulos del apéndice de esta parte del tratado, Saussure lo dedicó a la fonética y a la fonología, colocándolas por encima de la escritura. ***“Cuando se sustituye la escritura por el pensamiento, los que se privan de esta imagen sensible corren el peligro de no percibir más que una masa informe con la que no saben qué hacer. Es como si se quitaran los flotadores al aprendiz de nadador”***,¹ escribió el sabio ginebrino, relegando la escritura al reino de lo artificial.

La concepción de la fonética como la fisiología de los sonidos a Saussure le parece impropio y la sustituye por fonología, ya que la fonética es la ciencia que estudia la evolución de los sonidos en el tiempo, mientras que la fonología es la disciplina auxiliar de la lingüística referida nada más que al habla.

Los dos capítulos del apéndice están dedicados a los asuntos fonológicos donde se definen los fonemas, el funcionamiento del aparato bucal, la articulación de los sonidos y el fenómeno de la contradicción implsión-explosión en la cadena hablada.

La primera parte del tratado de Saussure versa sobre los principios generales de la lingüística, comenzando con la naturaleza del signo lingüístico, aclarando que lo que une no es una cosa y un nombre, sino un concepto y una imagen acústica que no es

¹ Saussure, F. (1916). Curso de Lingüística General (4.ª ed.). Buenos Aires: Editorial Losada, pág. 60.

sonido puramente material, físico, sino su huella psíquica, sensorial. El concepto es el significado y la imagen acústica es el significante.

Según Saussure, los signos presentan varios principios, y el primero es su carácter arbitrario, por lo que mejor realizan *el ideal del procedimiento semiológico* que hacen de la lingüística en el modelo general de la semiología. Este carácter arbitrario del signo, se manifiesta al no presentar vínculo alguno entre el significado y el significante; este último, al ser auditivo, únicamente se desenvuelve en el tiempo, por lo que presenta el segundo principio del signo: el carácter lineal del significante.

El capítulo II de la primera parte del libro, trata sobre la inmutabilidad- mutabilidad del signo, donde *la masa está atada a la lengua tal cual es*, es decir, que *la masa es incompetente para transformar la lengua*. Este criterio de Saussure lo tocaremos en la parte crítica de este informe de lectura, pero adelantamos que esa masa es la que la lengua a su manera, la hace y la transforma. En este punto, el lingüista suizo vuelve con una de sus dicotomías, la contradicción alteración-continuidad del signo.

El capítulo III trata sobre la lingüística estática y la evolutiva, donde se plantea una dualidad interna e histórica que se reduce a las leyes sincrónica y diacrónica y se concluye en una bifurcación entre lengua y habla. Extrañamente Saussure relaciona el habla con la diacronía y la lengua con la sincronía por lo que justifica la lengua como el mejor objeto de estudio de la lingüística.

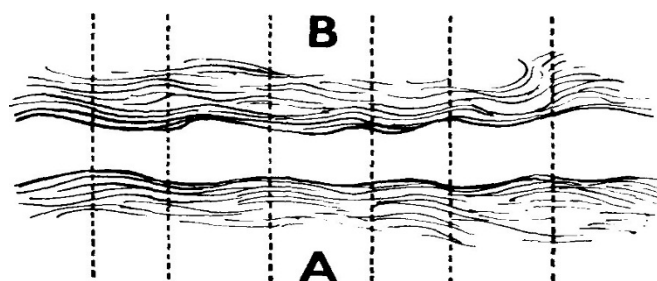
La concepción de Saussure vertida en esta parte referente a los cambios, servirán de base para tratar más adelante la parte crítica de este trabajo.

La segunda parte del tratado Curso de Lingüística General, está dedicada a la lingüística sincrónica, cuyo interés general es *establecer los principios fundamentales de todo sistema ideosincrónico, los factores constitutivos de todo estado de lengua*. En el capítulo II de esta parte se refiere a las entidades concretas de la lengua, en la que Saussure aclara que los signos que componen la lengua no son abstracciones, sino objetos reales cuyas relaciones estudia la lingüística.

“Empecemos por recordar los principios que presiden toda la cuestión: la entidad lingüística no existe más que gracias a la asociación del significante y del significado; si no se retiene más que uno de esos elementos, se desvanece;

en lugar de un objeto concreto, sólo tenemos delante una abstracción. En todo momento se corre el peligro de no asir más que una parte de la entidad creyendo abarcarla en su totalidad; es lo que ocurriría, por ejemplo, si se dividiera la cadena hablada en sílabas; la sílaba no tiene valor más que en fonología. Una sucesión de sonidos sólo es lingüística si es soporte de una idea; tomada en sí misma no es más que la materia de un estudio fisiológico”,² consideró Saussure.

El capítulo IV de esta parte del libro versa sobre el valor lingüístico, en la que Saussure presenta la lengua como pensamiento organizado de la materia fónica y como un sistema de valores puros donde entran en funcionamiento las ideas y los sonidos. Para él, antes de la aparición de la lengua, el pensamiento es como una nebulosa sin ideas preestablecidas y actúa como intermediaria entre el pensamiento y el sonido, comparándola con una hoja de papel que tiene como anverso el pensamiento y como reverso el sonido. No puede cortar uno sin el otro, así tampoco se podría aislar el sonido del pensamiento y viceversa.



Con este esquema representó Saussure la función de la lengua. La nebulosa del pensamiento en ideas confusas (A) y el sonido indeterminado (B). Las líneas verticales son las articulaciones de la lengua como subdivisiones marcadas.

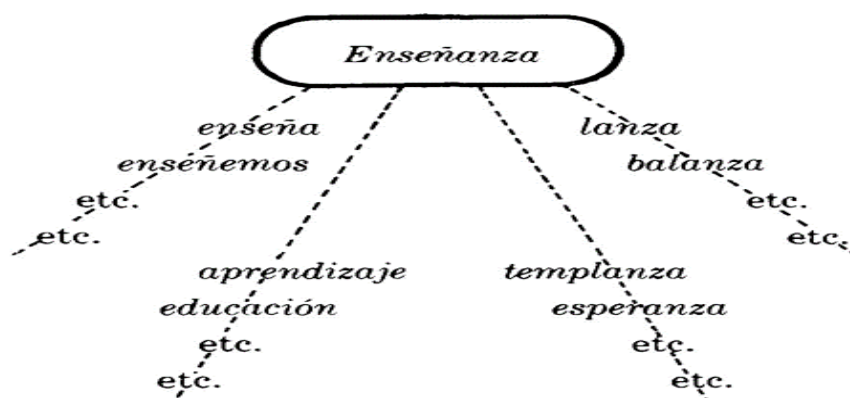
En este apartado, Saussure también desarrolla una teoría del valor lingüístico referida a la propiedad que tiene la palabra de representar una idea y que en su aspecto conceptual, viene dado por sus conexiones y sus diferencias con los otros términos lingüísticos. De ahí el enunciado de que **“en la lengua no hay más que diferencias sin términos positivos”**³. Estas diferencias son conceptuales y fónicas, debido a que los signos lingüísticos están constituidos por diferencias, lo que hace de *la lengua una forma y no una sustancia*.

² Saussure, op. cit., pág. 128.

³ Saussure, op.cit. pág. 145

El capítulo V de la segunda parte trata sobre las relaciones sintagmáticas y las asociativas. Bajo el entendido de que cualquier estado de lengua se basa en relaciones, Saussure llamó relaciones sintagmáticas al encadenamiento que contraen las palabras en un discurso dado, fundado en el carácter lineal de la lengua que impide pronunciar dos elementos a la vez. Mientras que las palabras que tienen algo en común se asocian en la memoria formando grupos con diversos vínculos, a estas llamó relaciones asociativas. La primera relación se basa en la extensión lineal de las palabras, mientras que las segundas residen en el cerebro.

Este esquema de Saussure representa las relaciones asociativas partiendo del concepto enseñanza



La tercera parte del libro es un tratado sobre la lingüística diacrónica, que es vista por Saussure más allá de un estudio entre términos coexistentes de un estado de lengua, sino entre términos que se sustituyen unos a otros en el tiempo. El capítulo II trata sobre los cambios fonéticos, que para el maestro suizo eran absolutamente regulares.

Saussure trató de explicar las causas de estos cambios, considerando las diversas teorías que los explican, tales como la raza, las condiciones del suelo y el clima, la ley del menor esfuerzo, las que se les atribuyen a la educación fonética en la infancia, al estado general de una nación y su estabilidad política y la hipótesis del sustrato lingüístico anterior, como el de una población lingüística absorbida por los invasores.

Para Saussure la acción de los cambios fonéticos es ilimitada; se refirió a la alternancia y sus leyes, vista *como una correspondencia entre dos sonidos o grupos de sonidos determinados que se permutan regularmente entre dos series de formas existentes*; mientras que el capítulo IV se lo dedicó a la analogía, a la que diferenció de los cambios.

“Todo el capítulo anterior muestra con claridad que la analogía no podrá ser por sí misma un factor de evolución; y no es menos verdad que esta sustitución constante de formas viejas por formas nuevas es uno de los sorprendentes aspectos de la evolución de las lenguas. Cada vez que una creación se instala definitivamente y elimina a su competidora, hay verdaderamente algo creado y algo abandonado, y en ese sentido la analogía ocupa un lugar preponderante en la teoría de la evolución”,⁴ teorizó Saussure, para más adelante destacar el principio de renovación y de conservación de la analogía y hacer un aparte para referirse a la etimología.

La cuarta parte del libro está dedicado a la lingüística geográfica, en ella Saussure aborda las *relaciones de los fenómenos lingüísticos con el espacio* como parte de la lingüística externa, al estudiar la lengua en su diversidad viendo las diferencias de un lugar geográfico a otro.

También vio la coexistencia de varias lenguas en un mismo punto e introdujo una variable como el factor principal de cambio en una lengua: el tiempo. En el capítulo IV, bajo el tema de propagación de las ondas lingüísticas, Saussure habló de lo que él llamó fuerza de intercambio y el espíritu campanario para referirse a comunidades comerciales que entran en contacto con otras y entablan una comunicación entre sí, mientras que la otra define a una comunidad sedentaria fiel a sus tradiciones.

La quinta parte del libro está dedicada a la lingüística retrospectiva que, como su nombre lo indica, trata de recomponer o reconstruir la evolución de un idioma a partir de otro más antiguo hasta llegar al ideal de prototipo. En este punto, Saussure culmina por donde empezó aunque con una diferencia, se trata de lingüística comparativa, donde plantea la idea de las reconstrucciones con base en cierto parentesco entre el sánscrito, con el germánico, francés, itálico, escandinavo, eslavo, entre otros.

El capítulo IV de esta última parte se refiere al testimonio de la lengua en antropología y en prehistoria. Saussure agradeció a la retrospectiva el poder remontar el curso de los siglos para reconstruir lenguas habladas antes de la historia, reconstruyendo de paso lo que tiene que ver con su raza, filiación, relaciones sociales, costumbres,

⁴ Saussure, op. cit. pág. 196

instituciones; aunque el maestro ginebrino cree que en eso hay una dosis de ilusión. No obstante, reivindicó la idea de que la lengua sí puede contribuir con la unidad étnica.

Finalmente, refiriéndose a familias de lenguas y tipos lingüísticos Saussure sostiene que *la lengua no está sujeta directamente al espíritu de los hablantes*. En el sentido de que *ninguna familia de lenguas pertenece por derecho y para siempre a un tipo lingüístico*. Se refirió a los que hablan de caracteres de una familia, objetando el hecho de que *suponen rasgos permanentes en los que nada puedan cambiar ni el tiempo ni el espacio*, aduciendo que con ello *se contrarían los principios fundamentales de la lingüística evolutiva*, asegurando que *ninguna característica es permanente por derecho y que solo puede persistir por azar*.

“En términos generales, todo lo que el tiempo ha hecho puede el tiempo deshacerlo o transformarlo”,⁵ sentenció Ferdinand de Saussure.

Y para cerrar este resumen, dejemos que sea el mismo Saussure que lo haga con sus propias palabras recogidas por sus alumnos en este extraordinario tratado:

“De las incursiones que acabamos de hacer por los dominios limítrofes de nuestra ciencia, se desprende una enseñanza enteramente negativa, pero tanto más interesante cuanto concuerda con la idea fundamental de este curso: la lingüística tiene por único y verdadero objeto la lengua considerada en sí misma y por sí misma”⁶.

⁵ Saussure, op. Cit. Pág. 261

⁶ Saussure, op. cit. Pág. 2 61.

II- ANÁLISIS CRÍTICO

El principio más generalizado manifiesto a lo largo del Curso de Lingüística General, de Ferdinand de Saussure que hemos resumido para los fines de este informe, es sin lugar a dudas el principio de las contradicciones expresadas en las dicotomías significado-significante; lengua y habla; diacrónico y sincrónico; forma y sustancia; relaciones lineales y relaciones asociativas; diferencia y oposición; mutabilidad e inmutabilidad del signo; principios de arbitrariedad y linealidad; lingüística interna y lingüística externa; fuerza de intercambio y espíritu de campanario, entre otras.

Pero de todas estas contradicciones nos referiremos a la que tiene que ver con la sincronía y la diacronía por su relación con otra mucho más general: la lengua y habla, cuyos conceptos Saussure define, diferencia y relaciona desde una óptica que requiere algo de discusión para una mejor comprensión.

“La oposición entre los dos puntos de vista —sincrónico y diacrónico— es absoluta y no tolera componendas. Algunos hechos mostrarán en qué consiste esa diferencia y por qué es irreducible -plantea Saussure para enseguida añadir...- esos hechos diacrónicos no tienden siquiera a cambiar el sistema. No se ha querido pasar de un sistema de relaciones a otro; la modificación no recae sobre la ordenación, sino sobre los elementos ordenados”.

Dos señalamientos caben sobre estos planteamientos de Saussure: la condición irreductible de la oposición entre sincronía y diacronía, las excluye una de otra cuando en la práctica la diacronía es un producto de la sincronía. Los cambios generados por el hablante (sincrónicos) se reflejan en la lengua a lo largo del tiempo (diacrónico), lo que prioriza el papel del habla sobre la lengua y no a la inversa como planteaba Saussure. Esto nos lleva al segundo señalamiento: la negación de los cambios en el sistema niega la realidad objetiva verificada en el tiempo. Pero volvamos a Saussure:

“Aquí nos volvemos a encontrar con un principio ya enunciado: el sistema no se modifica directamente nunca; en sí mismo, el sistema es inmutable; sólo sufren alteración ciertos elementos, sin atención a la solidaridad que los ata al conjunto. Es como si uno de los planetas que gravitan hacia el sol cambiara de

dimensión y de peso; tal hecho aislado entrañaría consecuencias generales y trastornaría el equilibrio del sistema solar entero”.

Para comprender el yerro de Saussure con estas afirmaciones, debemos referirnos al significado de los cambios como la forma más general de ser de objetos y fenómenos, que abarca movimiento, interacción, el paso de un estado a otro. La estructura, las propias leyes, son un resultado de interacciones, y se hallan condicionados por las diversas conexiones de los cuerpos, de suerte que son engendrados por el cambio de la materia.

El enunciado de Saussure en cuestión, admite cambios pero solamente en algunas de las partes del sistema que considera inmutable. ¿De dónde saca el maestro suizo esa incongruente idea? El positivismo considera el conocimiento de la vida social del hombre como destinado a la preservación y al mejoramiento continuo del organismo social, es esta postura filosófica lo que lleva a Saussure a no ver más que diferenciaciones terminológicas en las contradicciones, cerrando los ojos a la relación que se da entre los cambios cuantitativos a los cambios cualitativos, una ley dialéctica que se cumple en todos los órdenes de la realidad objetiva (entre las especies naturales, en la sociedad, en el universo, en el pensamiento humano, etc.), de la que no escapa a la lingüística como lo demuestra el hecho mismo estudiado por él que da cuenta de la evolución y el nacimiento de nuevas lenguas.

Por imperceptibles que sean los cambios producidos en el habla (cuantitativos), a lo largo del tiempo estos cambios modificarán cualitativamente el idioma hablado, transformándolo y dando lugar a nuevas lenguas.

Pero la negativa de unos ojos tan científicos y escrutadores de la realidad como lo de Ferdinand de Saussure, reside en el hecho de que el movimiento positivista surge en Francia unos 30 años (1830) después de la Revolución francesa de 1789-99, como una reacción del pensamiento conservador burgués para detener la voracidad de las contradicciones contenidas en ese proceso revolucionario, que amenazaban con transformarlo todo.